



SEMANARIO DEDICADO A LOS NIÑOS
SALE LOS LUNES

DIRECCION

1268 CERRITO 1268

EDUCAR DELEITANDO

ADMINISTRACION

2166 CHILE 2166

Director: JOSÉ JOAQUIN DE VEDIA

SUMARIO.—Sursum corda.—El certámen. La reunion del mártes. Las señoritas Luisa Ceruzi y Rosa Brea.—Una cuestion que no tiene fin. Microscopio y telescopio.—Valiente, por C. de M.—Célia y Marcela, por D. V.—Mis padres, por Maria—Cosas fáciles y difíciles: Charada, por Alcides R. Papuccio. Rombo, por Ambrosio Lugones. Triangulo, por Luis P. Viggiani. Soluciones.—Notas varias: Mapas historicos. Correo.

SURSUM CORDA

La cristiandad se ha entregado, en estos días, al recojimiento y á la oración, renovando, en su memoria y en su corazón, la leyenda de los siglos. Qué relijón la que atraviesa vencedora la noche de los tiempos, y esparse sobre la humanidad entera sus rayos divinos, desde la cuna hasta la tumba!

El hombre necesita creer; necesita amar. La relijón no es otra cosa que esa intensa inclinación del alma á buscar su propio oríjen en una causa primera, en un principio escelso de vida, superior á todo cuanto puede dar de sí la imaginación exaltada de la criatura humana.

Necesitamos un Dios revelado para comprenderlo y para amarlo mejor, y Jesu-Cristo realiza el ideal de lo perfecto y de lo bello, de lo bueno y de lo sublime. Quien sino un Dios hombre podía dar la vida por la humanidad entera, sacrificarse por amor á su criatura, sufrir por ella todos los martirios, predicar la moral más pura y legarnos ese ejemplo inmortal de amor y de piedad desde lo alto del calvario?

Una relijión que así resiste á los siglos, tiene que ser una relijión inmortal. Una relijión que marcha con la humanidad y que parece representar su existencia misma, con sus desfallecimientos y sus resurrecciones, es una relijión, más que humana, divina.

Hoy, como hace diez y nueve siglos, vemos á Jesu-Cristo enclavado en el madero infamante, con su frente coronada de espinas, estendiendo sus brazos sobre el mundo, redimido por él, y exalando de sus labios las palabras sublimes de la misericordia infinita: «¡Señor! Perdonadlos; no saben lo que hacen!»

La iglesia enlutada ha convidado á la meditación y al recojimiento. Renovando la tradición gloriosa del cristianismo, le hemos dado, en ofrenda, nuestros pensamientos más puros.



EL CERTAMEN

LA REUNION DEL MARTES

—
LAS SEÑORITAS LUISA CERUZI Y ROSA BREA
—

Con la asistencia de los jóvenes Alcides R. Papuccio, Pascual P. Cociredi, Mauricio Nirenstein, Carlos Camicla, Manuel Brea, Luis Dario y algunos otros, cuyos nombres sentimos no recordar, tuvo lugar el martes, de 8 á 10 de la

noche, como lo habíamos anunciado, la reunión que debía celebrarse en la dirección de EL ESCOLAR ARGENTINO con el fin de adjudicar un premio á la mejor composición que se hubiera presentado sobre este semanario.

Se resolvió premiar la composición de la señorita Luisa Ceruzi, y, reconociéndose luego que sería justo ofrecer á la señorita Rosa Brea, por la suya, un segundo premio, así se hizo, con lo que se consideró terminada, despues de una amena *causerie*, la reunión á que habian sido convocados nuestros inteligentes colaboradores.

Debemos hacer saber que la composición del jóven Pascual P. Cosiredi obtuvo un voto, que fué mandado por escrito: el del jóven Procopio Calnuze, quien considera que es la mejor de las que se han enviado para el concurso.

El libro: *Palmas y Ombues*, de Magariños Cervantes, se ha presentado á la señorita Luisa Ceruzi, y *Romances humorísticos*, del inmortal Cervantes, á la señorita Rosa Brea.

En la reunión se han hecho elojios de las demás composiciones, como lo merecen.

Antes de terminar, debemos dar las gracias á los que han aceptado nuestra invitación, haciéndonos pasar momentos agradables, y quedamos en la creencia de que, en adelante, seremos favorecidos con la visita de los jóvenes colaboradores de EL ESCOLAR ARGENTINO.

UNA CUESTION QUE NO TIENE FIN

MICROSCOPIO Y TELESCOPIO

Señor Director de EL ESCOLAR ARGENTINO:

No se sí, después de cerrado el debate, tengo derecho á contestarle, pero usted me ha puesto en el caso de exclamar, como Quevedo:

¡No he de callar, por mas que, con el dedo,
Ya tocando la boca, ya la frente,
Silencio avises ó amenazas miedo!

Y le contesto, aún esponiéndome á que me crea de género alegre y dispuesto á las bromas. Solo voy á hacer algunas aclaraciones.

No he tratado, en mi anterior, de destruir los fundamentos de su opinión, que directamente no conocia, y usted debia autorizarme á ello, refutando mis ideas; en aquella solo daba razones para fundar mi voto; pero si los fundamentos de su opinión son los que espresa en su carta al señor Cociredi, (á quien, de paso, agradezco su galanteria) no me parece muy difícil tarea el impugnarlo.

Si bien es cierto que el físico ha llegado, con el microscopio, al limite de la divisibilidad de la materia, es bien poco comparado con los progresos que las *ciencias físicas* le deben al telescopio, y esto es obvio, pues, siendo la astronomia una de aquellas, los progresos que ella realiza se reflejan, naturalmente, en otro ú otros de las demás; para no ir mas lejos, las leyes del movimiento y de la caída de los cuerpos, en una palabra, lo que á la *gravedad* se refiere, ha sido deducido de hechos mas generales; se comprende la causa perfectamente, observando que la gravedad misma no es sino un caso particular de la atracción universal; la misma, aplicada á la superficie de los planetas.

Si el botánico y el zoologo no necesitan el telescopio, en cambio al geologo le ha servido de base para la terminación del desarrollo cósmico de la tierra, y este ha sido el punto de partida de la teoria que explica el origen igneo de ella, que ha permitido llegar á conclusiones sobre la naturaleza de su parte interna, determinando su densidad, estado, temperatura, etc.

Y, si el químico no ha logrado aún conocer el fenómeno de las conclusiones moleculares, ha podido, con el *tela-espectroscopio*, ensanchar su campo de acción, investigando la naturaleza química de los astros por medio de la luz que nos envían.

El médico mismo debe su parte de agradecimiento al telescopio, pues su invención inició el desarrollo de las ciencias en general, dándoles poderoso impulso, al que no fué extraña la medicina, y esto no sería nada si los grandes descubrimientos geograficos de los siglos XV y XVI no hubieran traído, como consecuencia, el conocimiento de la *flora, fauna y gea* de los nuevos territorios, el estudio de sus propiedades y las numerosísimas aplicaciones terapéuticas que tuvieron. Pero aquellos mismos descubrimientos no fueron sino el corolario de los progresos realizados con ayuda del telescopio, en el conocimiento del universo, puesto que es íntima la relación que existe entre la astronomía y el arte de la navegación, y, para complemento de lo anterior, vea lo que dice Cantú en su «Historia Universal», hablando de las ciencias en la edad media: «La astrología perjudicaba también á la medicina, buscando remedios en las estrellas, y en las propiedades ocultas de los cuerpos. Eran arabes y hebreos los médicos de mayor reputación. La cirujía era abandonada á los bárbaros ignorantes. . . . »

No creo haya necesidad de mas pruebas para contestar á lo que usted llama fundamentos de su opinión. Pasando ahora á la carta que motiva estas líneas, le diré que siento mucho no me haga notar en ella los errores en que, á su juicio, he incurrido al esponer mis ideas, observandole que quizá de esto hubiera dependido el éxito de las suyas en lo que á mi se refiere. Pero, no sin razon dijo Buffón: « el estilo es el hombre »; su carta viene á confirmar esta sentencia, pues en ella se refleja, por la galanura de su forma, el espíritu cultivado del señor Director, sin que por esto destruya—empleando su misma frase—los fundamentos de mi opinión.

No pretendo ni pretenderé nunca desconocer la importancia del microscopio; al contrario, le atribuyo muchísima, y sobre todo para la humanidad doliente, aunque esta (que al fin y al cabo es una minoría) no suele salir muy bien parada cuando se trata de la aplicación de un tratamiento científico, fundado en el descubrimiento de un microbio, (sinó, que lo digan la linfa de Koch ó los caldos del doctor Ferrán).

No se si será una *curiosidad científica* la que nos ha permitido determinar la causa de los climas y de las estaciones, de la desigualdad de los días y de las noches, de las mareas, de la división del tiempo, de los eclipses, de ciertos vientos continuos, de las variaciones de la temperatura, etc; solo se que el telescopio ha intervenido directa ó indirectamente en la determinación de esas causas, y que todos esos fenomenos son de una importancia capital por la relación que tienen en la vida del hombre.

Francamente, señor Director, le atribuyo mas importancia á cualquiera de los descubrimientos que usted, ironicamente, me cita, que al de la constitución de las alas de un mosquito, (esto si es curiosidad científica!) ó cualquier otro por el estilo.

Para terminar, debo agradecerle al señor Director su buena voluntad de atribuirme una cualidad que estoy muy lejos de suponer exista en mi.

Lo saluda hasta pronto,

Cárlas Ramallo.

Sr. Cárlas Ramallo:

He leído con mucha atención su carta, por la que insiste en su opinión de que el telescopio es más útil á la humanidad que el microscópio, y, en vista de que ella me obliga á contestarle, no tengo más remedio que tomar la pluma para tratar de demostrarle, una vez más, que se encuentra en un deplorable error al tener esa creencia, á pesar de haber dicho que ponía punto final á la cuestión.

Cuando supuse que tenía genio alegre, dispuesto á las bromas, no me equivocaba, y viene á confirmarlo el gracioso artículo que se ha dignado remitirme á propósito de ese tema, harto conocido de los bondadosos lectores de EL ESCOLAR ARGENTINO, el cual aparecerá cuanto se ponga término al debate, pues, de ese modo, el desenlace será risueño, como merece serlo, dada la naturaleza de la cuestión, que ha abierto el jóven Raul Luni, quien, sin duda

alguna, estará muy satisfecho al ver el interés que ella ha despertado.

Si quiere que le diga la verdad, no me estraña absolutamente nada que vuelva á insistir en su opinión, pero, lo que me estraña mucho es la poca bondad que tiene conmigo, cuando sabe muy bien que estoy luchando con mi pobrísima inteligencia, así como con mis reducidos conocimientos, para poder defender mis ideas, mientras que, por el contrario, Vd., con su talento reconocido y buena preparación, pretende demostrarme sin esfuerzo, sin impaciencia, como que tiene el servicio de su mala causa esas bellas cualidades que yo estoy muy lejos de poseer, el *porque* piensa de esa manera. Pero, no importa; me siento algo fuerte, sin embargo, para sostener mi opinión, que no la retiraré nunca, jamás, puesto que, al decir que el microscopio es superior al telescopio, se dice una verdad como un templo; algo más, si desea todavía: se dice un axioma, puesto que ello no necesitaría demostración!.... Y debe disculparme que sea algo absoluto, condición de todos aquellos que tienen la completa seguridad de que se encuentran en el buen terreno.

Supongamos, por un momento, de que no se ha descubierto el telescopio, y que solo contamos con el microscopio; ó vice-versa, de que no se ha descubierto el microscopio y que solo contamos con el telescopio. Ahora, pregunto que, de esos dos casos, con cual se quedaría, si con el telescopio ó con el microscopio, y bien seguro estoy de que, sin vacilar, diría que primero deseaba conocer su *casa*, y despues la del *vecino*.... como es natural. De donde se viene á deducir bien claramente, á mi entender, que el microscopio es superior al telescopio, puesto que, como ha dicho el jóven Samuel de Madrid en su artículo sobre ese tema, «se encuentra en nosotros mismos, constituyendo nuestros órganos y nuestros más delicados componentes: el corazón que late, el músculo que se contrae, el cerebro piensa, siente y espera».

Es imposible, por más argumentos que ponga á su favor, eso de que quiera hacer creer que el telescopio es más necesario que el microscopio. Inútil, verdaderamente inú-

til es la tarea en que se ha puesto, porque sola y únicamente contra la lógica, contra la verdad, se podría llegar á esa conclusión.... ¡No! Preferir el telescopio, sería ocuparnos más del cielo que de la tierra, y, como convendrá, eso no puede ser, pues es hasta un deber hacer extensivos los conocimientos que hemos adquirido sobre nosotros, hacer investigaciones respecto de nuestra existencia, pues, á mi juicio, para eso hemos nacido civilizados, y sería contraproducente vivir en la ignorancia, sin saber como.... ¡No! Preferir el telescopio, es caer en la grande contradicción de que nos guste más lo que nos distrae y nos hace pasar agradables momentos, desechando al mismo tiempo lo que acaso nos ha permitido vivir para admirar esas mismas bellezas que la naturaleza nos ofrece.... ¡No! Preferir el telescopio, es tener poca estimación por la humanidad, á quien trata de librar el microscopio de los males que la afligen.... Y, en una palabra, es inadmisible, completamente inadmisible esa opinión, que mucho respeto, puesto que la han dado jóvenes estimables, que constantemente favorecen á EL ESCOLAR ARGENTINO con sus producciones, haciéndolo ameno y entretenido.

Me tomo la libertad de recomendarle la lectura de la historia antigua en la parte que se refiere á la vida que llevaban entonces los habitantes de los pueblos situados en la zona templada septentrional, cuya naturaleza presentaba caracteres muy diversos, ostentándose, en una parte, majestuosa, por sus extensas llanuras, inconmensurables desiertos, ríos caudalosos y elevadas montañas; manifestándose, en otra parte, con una variedad infinita en mares y golfos, islas y penínsulas, ríos y montañas, que atraían la atención por su aspecto muy agradable. Y, ante ese cuadro espléndido, los habitantes de esos pueblos llevaban una vida envidiable, pues pasaban sus días en la molicia, sin hacer nada: tenían la vista fija en aquel espectáculo que tanto les encantaba y les causaba admiración!.... Por lo que comprenderá que los pueblos de la antigüedad se hallaban siempre en estacionamiento, pues, por contemplar el bello panorama que tenían á su vista, llegaron hasta el extremo de preferir el aislamiento, y estaban sin contacto con nadie ¡parece

mentira! que no fuese del sitio en que ellos vivian, y, en una palabra, se pasaban sin poder dominar aquella naturaleza imponente y avasalladora..... Y eso mismo pasaría ahora si, en vez de llevar esta existencia alegre, bulliciosa, activa, por la que vamos avanzando, á pasos ajigantados, al fin por todos deseado, nos pusieramos á mirar la luna con un telescopio. Sería, á decir verdad, una buena vida la que se llevaría en ese caso, y mucho se felicitarían de ello los ociosos, que no desearían otra cosa que observar los fenómenos que en el cielo tuviesen lugar. No sucedería eso, sin duda alguna, si se observase siempre por el microscopio, pues, con ello, se podría llegar á hacer algún bien á la humanidad, que, con frecuencia, se ve sorprendida ante un nuevo descubrimiento, como pasó ahora poco, debido á ese famoso y colosal instrumento, que me causa grande admiración por los servicios que presta, y que nos viene á reportar mayores beneficios de lo que alcanzaríamos si pudiésemos llegar á averiguar por ese medio que allá, en algún otro planeta, hay habitantes, como aquí, en la tierra.

Antes de terminar, debo decirle que, por las citas, que hace en su carta, de Quevedo, Buffón y César Cantú, veo que ha estudiado las obras de esos escritores para su defensa, y le felicito por la elección.... sobretodo de Quevedo, de quien ha tomado esos preciosos versos que vienen al principio de su carta.

Por mi parte, voy á concluir con un versito muy popular:

Y, en tanto, el mundo sin cesar navega
Por el piélago inmenso del vacío!

Lo saluda atentamente,

José Joaquín de Vedia.



VALIENTE

Las personas que sienten poco afecto hacia los animales, no pueden, apesar de ello, negarles, tan evidente es, sentimientos y actos de tal naturaleza que, por no atribuirlos á la inteligencia de los animales, se dice ser hijos del *instinto*.

Maravilloso y complicado instinto se observa en el pastor, que edifica sus habitaciones lacustres; en el ave, que construye su nido, en la abeja y su colmena, y en la hormiga previsora, los cuales ejecutan trabajos sorprendentes, sin haber aprendido.

Se cree que estos actos son, de tal modo propiedad de la especie, que todos los individuos los ejecutan de la misma manera, sin perfeccionarlos en nada.

Muchos son los animales que, además de eso que llamamos instinto, están dotados incontestablemente de cierta inteligencia. He aquí un ejemplo convincente, citado por Huber.

Cierta colmena había sido destrozada por una mariposa grande, de las llamadas *esfinge cabeza de muerto*. Las abejas comenzaron á trabajar, al momento, con enérgica actividad, á fin de reparar los daños y las pérdidas considerables que acababan de sufrir; pero, al mismo tiempo, ocupáronse en buscar el medio de evitar que se repitiese tan desastroso percance. ¿Y que hicieron para ello? Estrechar la entrada de su colmena de tal modo, que solo pudiesen pasar ellas una por una, y no les fuese posible, á las grandes mariposas, penetrar allí. Al año siguiente no se vió *esfinge* alguno en el distrito, y las abejas dejaron la entrada de mayores dimensiones, hasta que un año despues, al reaparecer aquellas mariposas, los insectos estrecharon de nuevo la abertura.

Poseen los animales, así mismo, instintos morales, que podríamos calificar de instintos-sentimientos, entre los cuales coloco el amor maternal que por sus hijos siente la

hembra; la sociabilidad de muchas especies, y la dulzura, la abnegación, el valor, cuyo conjunto constituye, lo mismo en el hombre que en los animales, lo que se llama *carácter*.

Descuella, entre los animales, el perro, por sus múltiples dotes. Muchas veces, hablando de un perro, se dice: «no le falta más que hablar». Sin embargo, el ilustre filósofo Leibnitz refiere haber encontrado, en Sajonia, un perro que pronunciaba distintamente veinte palabras. No dudo de la veracidad de Leibnitz, pero supongo que el habilidoso animal encontraría tal vez facilidades en el idioma alemán!

No resisto á la tentación de copiar un espléndido rasgo que, de un noble can, refiere Tarade, cuya palabra es digna de crédito.

Dos chicos, de doce á quince años, acababan de arrojar al río un pobre perro ciego, medio muerto de hambre y de vejez. Era un servidor inútil, y se le despedía en la forma acostumbrada... para los perros. Se le ahogaba para ahorrarle los dolores del abandono y del hambre. ¿Hay algo más lógico? ¿No es así, triste es decirlo, como se trata á los animales domésticos cuando ya no sirven para nada?

No contentos con esta ejecución capital, los verdugos hacían llover sobre su víctima una granizada de piedras; sus gritos lastimeros, sus desesperados ladridos, lejos de enternecerlos, exitaban su buen humor.

A veces, sordos gemidos les indicaba, con gran satisfacción de ellos, que el pobre perro acababa de recibir alguno de sus proyectiles.

Iba á cerrar mi ventana, dice el señor Tarade, para no asistir á semejante drama, cuando, de pronto, ví á la multitud, que se divertía con tan bárbaro espectáculo, palmo-tear estrepitosamente y lanzar vivas aclamaciones.

Volví la cabeza y ví, no sin sorpresa, á mi perro *Valiente*, que, atraído por los tristes ladridos de su compañero, acababa de arrojar al río y nadaba hácia él. Hinchia el agua con sensible agilidad; sus alegres gritos y la dirección que llevaba me hicieron admirar sus intenciones: *Valiente* se constituía en salvador.

En efecto, el pobre ciego, adivinando que iba á lle-

garle un socorro inesperado, pareció redoblar sus esfuerzos; en algunos segundos se unió á *Valiente*. Este, comprendiendo todo el peligro de la tarea que acababa de imponerse, levantó su cuarto tracero para que el náufrago pudiera enganchar en él sus manos, sin molestarle demasiado á sus movimientos. Hecho esto, se puso á nadar vigorosamente hácia mí. Sus esfuerzos fueron coronados de éxito. Los muchachos, que no habian contado con el salvador improvisado que les quitaba la diversión, se acercaron á él para alejarle á palos, pero, al verse próximos al perrazo de Terranova, este les hizo ver dos hileras de dientes, tan blancos y afilados, que les desidieron á ponerse en retirada.

Este rasgo no me sorprendió en *Valiente*, que es un animal tan inteligente como bueno; pero los espectadores le colmaron de caricias. Puse fin al entusiasmo general, llamándole.

Por primera vez, se negó á obedecer mi llamamiento. *Valiente* no quería dejar á su protegido á merced de sus enemigos.

A mis ruegos, un artesano tomó el pobre ciego, aun demasiado débil para arrastrarse, y lo depositó en la caseta de mi perro. Solo entonces se decidió este á librarse de la ovación de la multitud para hacer los honores de la casa al nuevo huesped.

Si el relato ha entretenido á los jóvenes lectores de EL ESCOLAR ARGENTINO, mediten un momento sobre la lección que entraña esta historieta.

G. de M.



CELIA Y MARCELA



En uno de los pueblos de los alrededores de Buenos Aires, vivía en su magnífica quinta el señor don Juan Cativar con su joven esposa y su preciosa hija Célia, niña de doce

años, blanca, rubia, hermosísimos ojos pardos, educada con todo esmero por sus cariñosos padres.

El capataz de la quinta, hombre tosco, vivía en una casita cercana con su mujer, una buena lugareña. Estos tenían también una hija, que contaría diez ó doce años. Marcelina, que así se llamaba, era gruesa, morena, con grandes ojos negros, cabello negro descuidado.

Esta muchacha no sabía absolutamente nada, por lo que sus padres la destinaban á los trabajos más rústicos.

La señora de Cativar había prohibido á su hija toda relacion con la hija de su quintero. Célia, que era una niña de muy buen corazón, no sabía de que medio valerse para hacer algo por esa chica sin desobedecer á su madre. Se valió para esto del siguiente medio: se sentaba todas las tardes en un banco que estaba colocado cerca de un árbol, abría un pequeño periódico, y se ponía á leer en alta voz. Una de esas tardes sintió unos fuertes sollozos, dió vuelta apresurada y se encontró con Marcela, la que se echó en sus brazos, lamentando que á ella no le hubieran enseñado cosas tan lindas como era el saber leer. Célia le prometió enseñarle. A los tres meses, entró Marcela á la casita de sus padres, y, sin decirles nada, se puso á leerles varios cuentitos.

—Muchacha, le dijo el padre, ¿de donde has sacado eso?

—La niña Célia, contestó ella, me ha enseñado, y he aprendido á leer perfectamente, como Vd. vé, solo por haber visto en su mano á EL ESCOLAR ARGENTINO.

El pobre hombre, conmovido, le prometió separarla de todos los trabajos á que había estado sometida, y mandarla á un colegio, donde hoy la niña se instruye, y manda composiciones á EL ESCOLAR ARGENTINO.

D. V.



garle un socorro inesperado, pareció redoblar sus esfuerzos; en algunos segundos se unió á *Valiente*. Este, comprendiendo todo el peligro de la tarea que acababa de imponerse, levantó su cuarto tracero para que el náufrago pudiera enganchar en él sus manos, sin molestarle demasiado á sus movimientos. Hecho esto, se puso á nadar vigorosamente hácia mí. Sus esfuerzos fueron coronados de éxito. Los muchachos, que no habian contado con el salvador improvisado que les quitaba la diversión, se acercaron á él para alzarle á palos, pero, al verse próximos al perrazo de Terranova, este les hizo ver dos hileras de dientes, tan blancos y afilados, que les desidieron á ponerse en retirada.

Este rasgo no me sorprendió en *Valiente*, que es un animal tan inteligente como bueno; pero los espectadores le colmaron de caricias. Puse fin al entusiasmo general, llamándole.

Por primera vez, se negó á obedecer mi llamamiento. *Valiente* no quería dejar á su protegido á merced de sus enemigos.

A mis ruegos, un artesano tomó el pobre ciego, aun demasiado débil para arrastrarse, y lo depositó en la caseta de mi perro. Solo entonces se decidió este á librarse de la ovación de la multitud para hacer los honores de la casa al nuevo huesped.

Si el relato ha entretenido á los jóvenes lectores de *EL ESCOLAR ARGENTINO*, mediten un momento sobre la lección que entraña esta historieta.

G. de H.



CELIA Y MARCELA

En uno de los pueblos de los alrededores de Buenos Aires, vivía en su magnífica quinta el señor don Juan Cativar con su joven esposa y su preciosa hija Célia, niña de doce

años, blanca, rubia, hermosísimos ojos pardos, educada con todo esmero por sus cariñosos padres.

El capataz de la quinta, hombre toscó, vivía en una casita cercana con su mujer, una buena lugareña. Estos tenían también una hija, que contaría diez ó doce años. Marcelina, que así se llamaba, era gruesa, morena, con grandes ojos negros, cabello negro descuidado.

Esta muchacha no sabía absolutamente nada, por lo que sus padres la destinaban á los trabajos más rústicos.

La señora de Cativar había prohibido á su hija toda relacion con la hija de su quintero. Célia, que era una niña de muy buen corazón, no sabía de que medio valerse para hacer algo por esa chica sin desobedecer á su madre. Se valió para esto del siguiente medio: se sentaba todas las tardes en un banco que estaba colocado cerca de un árbol, abría un pequeño periódico, y se ponía á leer en alta voz. Una de esas tardes sintió unos fuertes sollozos, dió vuelta apresurada y se encontró con Marcela, la que se echó en sus brazos, lamentando que á ella no le hubieran enseñado cosas tan lindas como era el saber leer. Célia le prometió enseñarle. A los tres meses, entró Marcela á la casita de sus padres, y, sin decirles nada, se puso á leerles varios cuentitos.

—Muchacha, le dijo el padre, ¿de donde has sacado eso?

—La niña Célia, contestó ella, me ha enseñado, y he aprendido á leer perfectamente, como Vd. vé, solo por haber visto en su mano á EL ESCOLAR ARGENTINO.

El pobre hombre, conmovido, le prometió separarla de todos los trabajos á que había estado sometida, y mandarla á un colegio, donde hoy la niña se instruye, y manda composiciones á EL ESCOLAR ARGENTINO.

D. V.



MIS PADRES

El otro día entré en el estudio, y hallé á mi hermanita, que tiene 11 años, sentada á la mesa, teniendo su cabeza entre las manos. Parecia que estaba pensando.

—¿Qué piensas? le pregunté.

Pero una lágrima, que cayó sobre la hoja de papel que tenia adelante, fué la contestacion.

—¿Acaso no sabes hacer el deber que te dió la maestra?

Ella me respondió que sí, y me entregó su hoja de papel en que lei: «Mis padres».

—Nunca pensastes, Martita, cuanto hacen los padres por sus hijos, y el derecho que tienen de ser amados? . . . le dije yo. Mira, por ejemplo, nuestra mamá. ¿Encontrarias una persona mas buena, mas santa que ella? ¡Oh! sí, tu amas mucho á nuestros padres, y no dudo que harás una hermosa composicion. . . .

Martita se puso á escribir, y poco despues me hizo leer su composicion.

Juzgarla vosotros, amiguitos míos:

MIS PADRES.—Cuanto me quieren mis padres! Ellos me dieron la vida, me la conservan, y me mandan á la escuela para instruirme. Ellos trabajan por mi, y me dicen lo que debo hacer. ¡Cómo sois buenos, mis padres! Pero, yo tambien os quiero mucho. Seré siempre obediente, y haré todo lo que pueda agradaros, rogando á Dios para que os de larga vida. Y algun dia demostraré mi amor con los hechos. Si puedo ayudarlos, les ayudaré. Este es mi deber.

Marta.

Edad: 12 años.

COSAS FACILES Y DIFICILES

CHARADA

Mi *primera* es una letra,
Segunda y tercia, medida,
 Y el *todo* es un nombre propio . . .
 ¿A que nadie lo adivina?

Alcides R. Papuccio.

ROMBO

—
 Vocal.

- . . Nombre femenino.
- . . Nombre masculino.
- . Parte del cuerpo humano.
- Consonante.

Ambrosio Lugones.

TRIÁNGULO

- 1 2 3 4 5 En las puertas.
- 4 5 3 2 Nombre femenino.
- 2 3 5 Alhaja.
- 4 2 Nombre de consonante.
- 5 Vocal.

Luis V. Viggiari.

SOLUCIONES

Acertó con las soluciones de la charada, rombo y geroglífico, el joven Procopio Calnuze; con la de la charada y

rombo, el joven Alcides R. Papuccio; con la del rombo y geroglífico, los jóvenes Carlos Camicia y Mariano L. Baygorri; con la del rombo, la señorita Maria Magdalena Olguin y los jóvenes Serafin A. Chigliani y Lorenzo Lucena.

Charada: Limadura.

Rombo:

C
E L E
C L A R A
E R A
A

Geroglífico: Remedio.



NOTAS VARIAS

—

Mapas históricos—El Dr. D. Victoriano E. Montes ha publicado dos nuevos mapas históricos, y con estos son cuatro los que se han puesto en circulacion.

EL ESCOLAR ARGENTINO se ha ocupado ya de ese trabajo, haciéndole la justicia que merece.

Correo—Señor *Alcides R. Papuccio*. Su nombre no apareció entre los que acertaron las soluciones porque la carta en que ellas venian no traia su firma. No se enoje, pues! — Señor *Serafin A. Chigliani*. Nos olvidamos decirle en el número anterior que no creíamos conveniente la publicacion de su carta, pues... no sea cosa que despues se suscite una cuestion! — Señor *Procopio Calmuse*. No nos gusta publicar artículos divididos en capítulos sin que tengamos en nuestro poder la continuacion. Así, pues, queda enterado, y disculpe este capricho.